

Luis Salvago

En el nombre de Padre

PREMIO DE NOVELA VARGAS LLOSA 2019

LHG

hespérides



LUIS SALVAGO

En el nombre de Padre

Premio de Novela Vargas Llosa 2019



ESLES DE CAYÓN
2020

Este libro fue ganador del XXIV Premio de Novela Vargas Llosa,
concedido en diciembre de 2019 por la Cátedra Vargas Llosa,
la Universidad de Murcia y la Fundación Mediterráneo.

© De los textos: Luis Salvago

Madrid, 2020

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-77-8
D. L.: M-25455-2020

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28018 Alcobendas, Madrid

Impreso en España / *Printed in Spain*

A Agustín, mi padre, mi inspiración.

A Lili, mi madre, mi latido.

A María José, Raquel, Lucía. Ellas son todo.

*Sin embargo, nosotros amamos el desierto.
Si al principio solo hay vacío y silencio, es porque
no se entrega a amantes ocasionales.*

Antoine de Saint-Exupéry, *Tierra de los hombres*

La primera vez que fusilé a un hombre olvidé lavarme los dientes. Me sentía incómodo, sucio, me costó tanto concentrarme que a punto estuve de errar el tiro. Cuando se lo dije a mi amigo Sebastián, me acusó de insensible, de inmoral y de tener un alma de hielo. Su acusación, debo reconocer, me molestó. Creo que, en el fondo, lo que le alarmó no fue mi indiferencia, sino que por más que buscó no encontró un solo resto de culpa. Le dije, aunque no me lo preguntó, que mi dedo, el arma y la bala eran herramientas de las que un juez se servía para impartir justicia, y que no eran más responsables de la muerte de un hombre que las palabras con las que una ley dictaba sentencia.

Adopté la costumbre de lavarme los dientes nada más levantarme y, cierto día, después de muchos fusilamientos, comenzada la guerra y frente al espejo, encontré a otro hombre. Ese hombre se preguntó por qué no sentía culpa, por qué sus disparos nunca fallaban y por qué la muerte le resultaba indiferente. Ahora, si tuviera la oportunidad de volver a hablar con Sebastián, le pediría que me perdonase y, al mismo

tiempo, le pediría comprensión, porque los cuentos con los que mi padre me dormía encerraban siempre una moraleja terrible y porque cargó a su hijo con sus propias ambiciones. Le pediría también que no buscara culpa, porque no era culpa lo que sentía. Lo que sentía era vergüenza.

Padre tenía un traje para los domingos. Era de un pálido color ceniza, con una americana de botones cruzados, corbata de seda, un pañuelo en forma de pico, también de seda, doblado y planchado por Madre a la medida perfecta para que encajara en el bolsillo del pecho. Tenía también unos zapatos Oxford que compró en el Protectorado francés, tan viejos y gastados que por los agujeros de las suelas se le veía el calcetín. Ese traje, que ya de niño me parecía triste y poco acorde con el carácter distendido de Padre, era el que solía llevar cuando Madre insistía en que fuéramos a misa y también en las cenas de Navidad. Fue el traje con el que se casó y el que utilizó en el bautizo de mis hermanos. Nunca se vistió de otra manera para las grandes ocasiones: los mismos zapatos, los gemelos de oro que le regaló mi abuelo y la misma corbata de seda negra con un enorme nudo Windsor que destacaba poderoso sobre el fondo blanco de su camisa. Su elegancia, aunque monótona, solo se veía alterada por una cicatriz oscura y discontinua —el rastro indeleble de una rencilla— que nacía en el lóbulo de su oreja derecha, cruzaba la boca y moría en el lado izquierdo del mentón, como la marca de un matasellos. Desde mi punto de vista, esa cicatriz, consecuencia del golpe de una cadena de bicicleta, no desmerecía en absoluto su aspecto. Más bien al contrario, le daba un cierto aire de respetabilidad.